

CABARET VOLTAIRE

facebook: Editorial Cabaret Voltaire

www.cabaretvoltaire.es

prensa@cabaretvoltaire.es



Novedad
marzo 2015

ISBN 978-84-942185-6-9
320 páginas. PVP 20.95

Espejo de Sombras de Felicidad Blanc

Tras la mítica película El desencanto, la madre de los hermanos Panero publicó sus memorias, un texto fundamental para entender la trayectoria vital de esta familia de poetas

A Felicidad Blanc la descubrimos en *El desencanto*, la película de Jaime Chávarri, donde nos dejaron fascinados aquellas personas-personajes, los Panero: Felicidad, Juan Luis, Leopoldo María, Michi. Si podemos decir que, gracias a la creadora imaginación de los Panero, *El desencanto* es más que *cinéma vérité*, también *Espejo de sombras* es más que un libro de memorias. Es el testimonio de alguien que, al intentar recuperar su pasado, siente que lo que la memoria le devuelve son seres y momentos transmutados en sombras en un espejo. Esta conciencia de la imposibilidad de re-creación de lo vivido da al libro de Felicidad Blanc una especial significación.



Prensa

Felicidad Blanc es nostalgia, sobre todo, de lo que no fue: «He buscado escribiendo mis memorias, la identidad perdida. Volver a ser Felicidad Blanc, más allá de ese nombre de viuda de Panero que llevo conmigo. Y más allá también de la incompleta figura que muestro en El desencanto. El libro me enseñó cómo soy. Y a los que me rodean, cómo los veo. No trato, ni he tratado nunca, de atacar a nadie.» **Rosa María Pereda/ El País**

Nos dice la leyenda piadosa que toda buena madre se sacrifica por su hijo. El sacrificio risueño y desdichado, autodestructivo y tal vez desolador del otro, en cualquier caso, honestamente entregado y estoicamente asumido hasta el fin, fue otra de las actuaciones en que Felicidad Blanc supo ser original y apasionada hasta la extravagancia. **Vicente Molina Foix/ El País**

La autora

Felicidad Blanc y Bergnes de Las Casas nació en una familia de la burguesía madrileña en 1913. Su padre, José Blanc Fortacín, era médico en el Hospital de La Princesa de Madrid. Su madre, Felicidad Bergnes de Las Casas Palacín, era nieta del ilustre helenista y editor Antonio Bergnes de Las Casas, rector de la Universidad de Barcelona y senador. En 1941 Felicidad contrajo matrimonio con el poeta Leopoldo Panero (1909-1962), con el que tuvo tres hijos: Juan Luis Panero (1942-2013), Leopoldo María Panero (1948-2014) y José Moisés, *Michi* Panero (1951-2004), los dos primeros, poetas como su padre, y el tercero, intelectual y figura ligada a la movida madrileña. Felicidad publicó en los años cincuenta varios relatos breves con muy buena acogida de la crítica, pero no tardó en abandonar su carrera literaria al no sentirse apoyada por su marido, quedando relegada a la figura de esposa y madre. Participó, junto a sus hijos, en la película documental de Jaime Chávarri, *El desencanto*. Falleció en San Sebastián el 30 de octubre de 1990.

MIÉRCOLES, 14 de noviembre de 1990

TRIBUNA:

Felicidad interrumpida

VICENTE MOLINA FOIX | es escritor. | 14 NOV 1990

Archivado en: Opinión Felicidad Blanc Novela Poesía Narrativa Gente Literatura Cultura Sociedad

Alrededor de Felicidad Blanc se movían en los años en que la conocí otros que como yo, más mayores que yo, más ilustres que yo, descubrían en ella un prototipo femenino cuya cualidad descomunal era, precisamente, su atipicidad. En la entonces aún reciente viuda del poeta Leopoldo- Panero -Leopoldo-padre, como pronto se, le vino a llamar al muerto, a medida que el Leopoldo vivo llenaba huecos, roles y anaqueles de la casa con su marca propia- se "daban rasgos imaginados, deseados, quizá leídos en ciertos libros ingleses de novela o de biografía donde despuntan personajes dotados de un antiguo prestigio, de una elegancia, de un dominio de sí que sólo pueden ser anglosajones. Siendo Felicidad una muchachita de Madrid educada convencional y rigurosamente -con el rigor fino de las convenciones de *antes de la guerra*, tan distintas a las que impuso, a golpes de corneta y cilicio, el educador franquista-, fascinaba aún más el aroma de mujer emanada de las páginas de Compton-Burnet, maestra, cual un Lytton Strachey femenino, en las artes de la conversación punzante y la memoria inmisericorde, esbelta y suavemente enfermiza como un compuesto de las hermanas Woolf, pues de Vanessa tenía Felicidad la belleza y el empuje; de Virginia, la condición doliente y caprichosa; de ambas, la cabeza llena de pájaros. *La madre de un amigo*, una madre española de posguerra, señora ya de edad, que resultaba ser *una mujer de Bloomsbury*, de ese Bloomsbury aproximativo que entonces vislumbrábamos y que los amigos menos extranjerizantes asociaban al espíritu de la Institución Libre de Enseñanza. Pero la protoinstitucionista Felicidad *tampoco* había pasado nunca por las aulas del Instituto-Escuela ni por la Residencia de Estudiantes. Como decía, yo llegué a la casa de Ibiza, número 35 como otros antes que yo, y ella misma lo revelaba pronto, legítimamente orgullosa de su rareza: "Ahora soy otra. Hace 15 años no me habiéseis reconocido. Ahora soy *persona*". Este vocablo salía con frecuencia de la boca de la viuda. A mí, a la sazón jovencito y enrolado en el Ejército del Aire, esa palabra (y el concepto humanista trillado pero tierno que late detrás de ella) me deslumbraba; ¿sería yo tan hermoso, tan ardientemente sereno, tan humorístico, tan hondamente melancólico, un día, ya mayor? ¿Seré alguna vez *persona*, me repetía ante el espejo manchado de aguas, de vuelta en el cuartel, al enjaezarme los correaes de la guardia de armas?

Así que en los últimos cuatro años de la década de los sesenta yo iba prácticamente a diario a aquella casa llena de restos de otra cultura y me sentaba a escuchar. Tuve yo acceso a la *maison Panero* gracias a mi amigo y coetáneo Leopoldo María -cada día que pasaba más convertido en Leopoldo-hijo-, pero, como les sucede a ciertos colegas de precoz instinto respecto a las hermanitas de sus amiguitos, yo acudía al piso en apariencia para tratar con Leopoldo-hijo de poesía, psicoanálisis freudiano y otras afinidades aún más escabrosas, pero con la esperanza secreta de escuchar a la hermosa señora del pelo blanco. Siempre lo conseguía. Porque Felicidad Blanc -lo de viuda de Panero no se estilaba con ella, pues con algo había que señalar su nuevo ser de persona exenta, liberada de un apellido, de una ideología, de unas rancias amistades- siempre estaba allí, llegando de un estreno, saliendo hacia una conferencia, rigiendo por teléfono los amores y hasta la vida doméstica de sus amigos los artistas, esos que habían llegado antes que yo: Bousoño, Paco Brines, José Vidal, Nieva, Claudio Rodríguez, José Luis Alonso, "los amigos de mi hijo Juan Luis". A todos estos

trámites, encantado de tener de súbito una madre hecha persona, dos hermanos mayores que alcanzaban en plena juventud notoriedad poética y unos amigos convenientemente mayores y muy vistosos, asistía el adolescente José Moisés, ya entonces conocido por Michi.

Como he aclarado que yo no conocí a la esposa de Panero-padre, sino a la madre de los tres brillantes hijos, los poetas y el diletante, no puedo confirmar la veracidad de la espectacular germinación que ella pregonaba, semejante, pienso hoy, a la de esas flores de poco nombre pero mucho color que brotan incongruentes entre las piedras de una casa demolida. Pero sí puedo dar testimonio del irresistible poder de seducción que aquella persona culta y extraordinariamente bien hablada ejerció; enamoraba a cualquier hijo subrogado que en las horas más inconvenientes de la noche y no siempre vestido del todo descubría, más allá del cuartito-leonera que Leopoldo-hijo tenía a la entrada de Ibiza, 35, quién reinaba al otro lado del largo pasillo, y enamoró a los hombres que no se enamoran de las mujeres (en este apartado, Felicidad se jactaba, con comprensible coquetería, de dos conquistas *difíciles*: la de Cernuda, que, magnificada o no, quedó plasmada en su delicioso libro de memorias *Espejo de sombras*, y la del escritor cubano Calvert Casey, con quien mantuvo un idilio frágil y libresco cuyo final, al tiempo que el suicidio de Calvert, Felicidad contaba con emoción verdadera en una secuencia de *El desencanto*).

Esa atracción que despertaba Felicidad tenía, además de los motivos tan potentes e insólitos que ya he mencionado, otro fundamento. Aunque ella misma confesara cándidamente ante las cámaras, en la apasionante película de Chávarri, la *culpa* de quien no sabe entender a tiempo el espíritu de unos tiempos encarnados con crudo descarnamiento en seres queridos y tan próximos, Felicidad también fue atípica en el sacrificio. Mientras asistía impávida, quizá un punto regocijada, a la venta que Michi hacía sin concierto comercial de la espléndida biblioteca de Leopoldo-padre, Felicidad fue siguiendo, como la soldadera Marlene a Gary Cooper en aquel *Morocco* de Von Sternberg, al hijo *perdido* en un desierto para ella más inhóspito que para nadie. Le siguió a casas de socorro y a sanatorios provinciales, a las galerías de presos políticos y también después, llevando el cubo de las provisiones junto a las madres gitanas, que le confluían detalles truculentos de la inocencia de sus hijos, a las de *los comunes*, y le siguió, en una España aún más negra que la de hoy, en los esponsales no santificados que Leopoldo-hijo contraía de cuando en cuando con muchachos volátiles como el humo, ante la corte nupcial de los amigos jóvenes, que no tirábamos arroz a los novios. Ha muerto Felicidad en San Sebastián, adonde una vez más se había trasladado, aunque ella diera otras razones, siguiendo al hijo que, con ceguera o clarividencia, veía indefenso. No voy a entrar, pues es materia privada y de espesa trama, en esa relación materno-filial sobre la que Leopoldo María, que ahora deja de ser Leopoldo-hijo pero sigue siendo una de las voces más intensas de la poesía contemporánea, ha escrito figuradamente muchos poemas. En uno de ellos se leen estos versos: "Cándido, hermoso es el incesto. / Madre e hijo se ofrecen sus dos ramos / de lirios blancos y de orquídeas, y en la boca / llevan ya el beso para desposarlo". En otro anterior, el hijo, que lo dedica "con compasión y náusea" a *mi desoladora madre*, sólo oye de *Ma Mère* la risa repetida ante sus desgracias.

Nos dice la leyenda piadosa que toda buena madre se sacrifica por su hijo. El sacrificio risueño y desdichado, autodestructivo y tal vez desolador del *otro*, en cualquier caso, honestamente entregado y estoicamente asumido hasta el fin, fue otra de las actuaciones en que Felicidad Blanc supo ser original y apasionada hasta la extravagancia.

Sólo en el cáncer que le ha dado muerte no ha podido escapar al destino común de los vulgares.

FELICIDAD BLANC, LA MEMORIA VITAL

Por Cristina DE AREILZA

FELICIDAD BLANC es hoy una mujer de exquisita y refinada traza, de abundante cabello de nieve, con un perfil de grave serenidad. En sus rasgos revela su rostro la radiante belleza de su adolescencia, que le hacía cotejarla a sus amigos con la de Greta Garbo, entonces mito romántico del cine mudo. El tiempo y los contratiempos han tallado los surcos de la resignación y de la soledad. Felicidad fue el gran amor de un poeta castellano, que la ganó con un poema que tenía al fondo una muralla de Astorga. Luego el amor se rompió y vinieron la muerte para el escritor y la dura tarea de sacar adelante a los hijos, brillantes y difíciles, un clima de escasez, la soledad y el silencio como invitaciones a rebuscar en el tiempo vivido, el secreto de una historia personal.

Así ha ido emergiendo como el buceador que enarbola un tesoro submarino la figura de esta mujer como extraordinaria narradora de una peripecia personal llevada al cine y a los libros. Lo mejor de esa obra es que tiene como fondo el tesoro de las experiencias directas contadas en forma sencilla y a la vez extraordinaria.

Felicidad Blanc ha terminado su último libro, en colaboración con Juan Gomila, que pone la parte artística, y Felicidad pone la parte literaria.

Es un libro de arte, con dibujos de Gomila, y cuentos suyos y cartas; de nuevo aquí nos enseña otras parcelas de lo que ha sido su complicada existencia.

He querido preguntarle sobre su aventura humana y la encontré en su puesto de trabajo, una pequeña oficina de información de un Ministerio, en la que ejerce un trabajo rutinario. Felicidad habla con naturalidad, sujeta su emoción, su voz es pausada, clara y precisa. Conoce bien la cultura de nuestro tiempo y no rehuye preguntas.

Tiene algo de levemente exótico en su personalidad, quizás el cuarterón francés de su apellido, que la confiere un cierto cosmopolitalismo intelectual y tiene sobre todo una fiera independencia que la sitúa por encima de capillas y seguidores. Con

Va ya para tres años que Felicidad Blanc, viuda del poeta Leopoldo Panero, alcanzó una, en cierto modo incómoda, popularidad a través de la película de Jaime Chávarri "El desencanto". Hoy, mientras espera la aparición de un nuevo libro suyo de arte, con cuentos y cartas, Felicidad Blanc vuelve a dar testimonio de sí misma, a recorrer el laberinto del pasado a la luz de lo que constituye para ella su único tesoro: la memoria vital.

ella te transportas a otros mundos y a veces te abre una rendija para poder mirar dentro de su maravilloso universo interior.

Bajo su aspecto romántico, se esconde una mujer fuerte y a la vez transmite una imagen de niña indefensa, con una enorme búsqueda de afecto. Pero es, ante todo, un ser femenino que acentúa esa identidad a lo largo de nuestro coloquio.

La felicidad imposible

—¿Cuáles fueron tus sueños infantiles que recuerdas con mayor intensidad?

—De niña, yo no tenía más que un sueño: un anhelo de que fueran felices los demás. Miraba hacia lo que me rodeaba y buscaba en los demás aquello que yo no tenía. Siempre iba tras un anhelo de perfección para lograr cosas mínimas. Mis pretensiones eran muy reducidas. Yo era la más pequeña de mis hermanos y estaba bastante abandonada. Vivía de los demás; es decir, de la alegría del entorno. Eso me compensaba por lo que yo no tenía.

—¿Consideras que has tenido una infancia triste y que en algún momento de tu vida te ha faltado afecto?

—Tuve un afecto muy dosificado. Es decir, que el amor

de mi madre estaba muy prendido entre mis dos hermanas y yo era una niña que me crié entre dos personas ancianas, que eran mi abuela y mi tía. Una, muy dura, y la otra, muy blanda. Mi madre representaba para mí algo maravilloso, inalcanzable, a lo cual no se podía llegar. Y por eso tengo la influencia tan decisiva de mi abuela, que me hizo madurar más pronto. Yo tenía poco contacto con los niños. Puedo decir que me aterraba jugar con otros niños. Era muy tímida. No era todavía una niña y mi anhelo era romper con eso y llegar a ser niña. Mi abuela me descubrió, además, el mundo de la fantasía.

—¿Qué es para ti la soledad?

—La soledad, durante unos años, me ha parecido la cosa más horrible del mundo, precisamente porque yo había sido muy solitaria. Al pasar el tiempo y al fortalecerme como persona, ya no me importaba tanto.

—¿Te ha condicionado llamarle Felicidad y buscar siempre la felicidad en tu vida?

—Yo creo que sí, porque la felicidad ha representado para mí siempre algo que se escapaba de mis manos y que era imposible apresar. Los escasos momentos en que he sido feliz los he valorado muchísimo, porque han sido muy cortos y siempre los he visto como instantes efímeros.

—¿En qué medida la salud es importante para ser feliz?

—Es el espíritu lo que es necesario. Y que las cosas que te rodean contribuyan al engrandecimiento, a la riqueza, a la afirmación del espíritu. Yo estoy convencida que la salud se deriva, en último término, de los niveles psíquicos. Yo he podido sentirme malísima y tener de pronto una alegría y desaparecerme de golpe todos los males.

—¿Cómo te describirías a ti misma?

—Pienso que he sido una persona frustrada, y que, sin embargo, no pedía demasiado a la vida. Pedía cosas más sencillas de las que la vida me ha dado. Es decir, yo aspiraba a una felicidad no demasiado grande, que me pareciera bastante fácil de alcanzar y a la cual no pude llegar.



Felicidad Blanc en su adolescencia, cuando sus amigos la comparaban con Greta Garbo, mito romántico por excelencia del cine mudo.

MIÉRCOLES, 23 de noviembre de 1977

Felicidad Blanc: "La literatura nos salva"

Ayer presentó su libro "Espejo de sombras"

ROSA MARIA PEREDA | 23 NOV 1977

Archivado en: Felicidad Blanc Presentación libros Memorias Madrid Comunidad de Madrid Literatura Gente Libros España Cultura Sociedad

«Yo sí creo en la literatura, y caigo conscientemente en la tentación literaria», dijo a EL PAIS Felicidad Blanc en la entrevista concedida con ocasión de la presentación de sus memorias, ayer, en Madrid «En mi vida, la literatura es tan importante: gran parte de esas *sombras* a que se refiere el título de mis memorias, son personajes literarios, que han cobrado tanta realidad en mí como muchas personas que he conocido y que he amado.» Cuando se oye hablar a Felicidad Blanc se tiene la impresión de que ella misma es un personaje de ficción con la fragilidad de una porcelana y esa extraña, algunas veces rotunda fuerza que se esconde tras los velos de sus abanicos, de sus palabras. *Espejo de sombras*, el título de su libro, habla precisamente de esa vocación literaria, de esa voluntad de autoconvertirse, desde la vida misma, en un personaje proustiano: «Soy una mujer del siglo pasado. En mi infancia se percibían todavía los resplandores del siglo XIX, y algo he conservado. Quizá la capacidad de soñar, de volver siempre al recuerdo, y de seguir siendo esa niña que llora sin llorar, que aparece en una de las fotos de mi libro. Por todo esto no me ha sido difícil escribir el libro, recuperar en tres meses mi pasado. Me he sentado ante el magnetofón y me consta que muchas páginas han sido transcritas directamente... El pasado viene a mi porque, en realidad, siempre viví con los ojos puestos en él: incluso siento que vivo el presente para recordarlo o como si ya fuera pasado... todo esto, y mis amores, y mi soledad terrible, y el no haber encontrado el gran amor que buscaba

El amor, como salvación, y por él, la literatura, también salvación: «El amor pasó varias veces por mi vida... Me enamoré de Luis Cernuda, y salté su timidez. El amor fue entonces una despedida con el aire de parque londinense... él se iba a América, yo volvía a España, y lo que pudo ser, o quizá fue, el gran amor que él y yo buscábamos, se hizo sólo un recuerdo. Cuando leí *El Regreso*, de Calvert Casey, o su dedicatoria nostálgica, supe que aquel podía haber sido, era ya, un amor importante. Pero él se había dado muerte en Roma, y mi amor fue, otra vez, un terrible recuerdo, una hermosa despedida... Ya ves. De estas cosas hablo yo en mi libro. De mi vida no demasiado feliz, y también de los momentos duros de mi matrimonio. De los veranos felices en Astorga, y de la reciente despedida de ese pueblo que tanto amé... No he querido contestar a las cosas terribles que han dicho y escrito en Astorga de mí y de mis hijos. He preferido el silencio: ellos quieren defender la imagen de mi marido, de Leopoldo Panero insultando de manera terrible a sus hijos. No pueden acertar: para Leopoldo, para todos los padres, sus hijos, con las equivocaciones que puedan tener, son siempre lo más importante. A mí eso es lo que más me duele, porque en Astorga pasamos los tiempos más felices de nuestro matrimonio.»

Felicidad Blanc es nostalgia, sobre todo, de lo que no fue: «He buscado escribiendo mis memorias, la identidad perdida. Volver a ser Felicidad Blanc, más allá de ese nombre de viuda de Panero que llevo conmigo. Y más allá también de la incompleta figura que muestro en *El desencanto*. El libro me enseñó cómo soy. Y a los que me rodean, cómo los veo. No trato, ni he tratado nunca, de atacar a nadie. A veces, cuando leo lo que, se supone que he dicho en algunas entrevistas, me quedo aterrada: yo no hablo así.